

## La ética esencialista-existencialista de Lavelle y Le Senne

Con Lavelle y Le Senne, nos encontramos en un caso especial dentro de las corrientes del pensamiento contemporáneo: de un lado reproducen el repertorio temático del existencialismo; de otro lado a veces acuden a soluciones enteramente antagónicas de esta corriente, como son las del esencialismo platónico.

Lavelle, muy acorde en esto con las preocupaciones fundamentales del existencialismo, hace radicar la moral en un hecho originario en cuyas estructuras íntimas se revela necesariamente el fenómeno ético. Lavelle descubre que la naturaleza misma impone una dirección a la conducta que no se puede soslayar. Lo ético, se construye sobre unas raíces firmes, que traen ya su sentido originario y su significación recóndita. La vida no tiene sentido, sino para aquel que penetrando en un universo espiritual que es el mismo para todos, descubre en él el puesto de su existencia propia y el signo de su destino personal (1). El espíritu, al encontrarse a sí mismo, ve la dirección que marca desde su origen. Al explorar las diversas capas de nuestro ser, debemos llegar más allá de la vida biológica y sensible hasta el estrato firme del espíritu y de la libertad. La ética de Lavelle pende de su íntima conexión con la ontología; se apoya en último término el deber ser en el ser. Y con el ser del hombre se plantea la cuestión de su manera de ser o sea de la conducta moral. El apuntalamiento de la existencia y el de la moral está en el ser.

Lavelle recurre, no sólo en la temática, sino también en la forma de ambientación a tesis de origen platónico, para apreciar las relaciones que deben existir entre el ser y el deber de ser, entre la ontología y la moral.

La existencia surge, según él, del todo del ser, que asume el ser del hombre y que la hace suya. La participación coloca en el vértice de su origen la responsabilidad del surgimiento, de la existencia y de su asunción. El ser de la existencia es un ser de un poder ser, que ha llegado a su cumplimiento mediante la participación (2). En el origen de lo que existe hay un ser que

(1) Louis Lavelle: *L'Erreur de Narcisse*, pág. 161. París, 1939.

(2) Louis Lavelle: *Introduction à l'Ontologie*, pág. 24. París, 1947.

es el acto puro sin mezcla alguna de potencialidad e imperfección. De él procede todo cuanto existe, de tal suerte, que la acción por la cual él mantiene en la existencia a los seres, es una creación continuada (3). Del acto puro, procede todo cuanto es, mediante la participación que hace que las cosas tengan el mismo ser que el todo (4).

Es decir, que el ser que constituye a cada realidad del universo, es el ser del todo presente en ellos, y sostén de los mismos (5).

El ser, a pesar de estar presente en las cosas, no se nos manifiesta sino a través de la experiencia de la existencia; como aquello que la funda y la trasciende al mismo tiempo. Pero la existencia, a su vez, no puede ser captada sino a través de una experiencia (6). Entre la trascendencia del ser absoluto y la inmanencia de la existencia, se tiende la participación, que da surgimiento a la misma. Del propio modo, el orden moral del deber ser, pende también de una participación. La misión del espíritu es ponerse en contacto incesante con lo trascendente, inmanarlo y traerlo hacia sí. La conciencia está en contacto permanente con la trascendencia; cuando desencadena una actividad espiritual, la esencia del acto consiste en ser trascendente en relación con todos los efectos (7). Lo que el acto hace, eso, una vez realizado, es inmanente a nosotros; pero el centro del acto creador, es trascendente en cuanto tal, a sus propias producciones. De una manera similar, resulta que el yo que se construye y se elige, es trascendente al yo que ha sido hecho y desde el cual acrece su ser. De esta suerte, la eficacia creadora del acto, se derrama en nuestra conciencia (8) verificando un doble juego entre la trascendencia y la inmanencia; entre lo que está produciéndose, y lo que es; entre lo que se conquista, y lo que cada cual ya tiene.

Nuestra conciencia es un acto y no una cosa; pero mezcla de potencia y limitada; es decir, que nosotros no somos conciencia pura. La conciencia, despierta sobre una base inconsciente y la conciencia va emergiendo de ella paulatinamente. La conciencia se actualiza incesantemente, puesto que estamos dentro del Ser (9). El Ser es el fundamento de toda creación y de toda

(3) Louis Lavelle: *De l'Acte*, pág. 112. París, 1937.

(4) *Ibid*, pág. 108.

(5) *Ibid*, págs. 112-113. El peligro del panteísmo, surge aquí como acontece en gran parte de las direcciones platónicas, precisamente por no saber sobrepasar ciertos aspectos peligrosos del platonismo.

(6) Louis Lavelle: *Introducción à l'Ontologie*, pág. 24.

(7) Louis Lavelle: *De l'Acte*, ed. cit. pág. 144.

(8) *Ibid*, pág. 145.

(9) *Ibid*, pág. 151.

participación. Toda creación, para él, es una comunicación de su ser mismo; es decir, que él no puede crear sino libertad. No puede llamar al ser, sino seres que llama a hacerse (10).

El hombre es un ser llamado a hacerse, que ha de poner en juego su libertad, para construir su ser.

La vida material no es más que un medio y un soporte para adquirir la vida espiritual (11) en la cual está enraizada la libertad. Pero aun cuando el hombre está encuadrado en la materia que le individualiza, lo que le da sello característico y construye al hombre es su espíritu. La existencia misma tiene que ser desenvuelta por el espíritu, construída constantemente por la libertad. Existir, es expandir el propio ser, mediante la libertad, en el sentido de un deber ser, que ha de traducirse, en último término, en una participación del ser. Pero la vida moral que hace su presencia originaria en el hombre está contrapuesta en él por el mal, que también tiene un carácter originario. El mal limita nuestra posible participación en el ser, reduce posibles conquistas de él. La maldad, acontece al ser del hombre, y pertenece a su constitución y a su posibilidad. Es decir, que el ser mismo del hombre está sellado por la maldad, por el hecho de estar recortado por la limitación.

Aun cuando este planteamiento de la maldad, en la línea constitutiva del ser pertenezca a la metafísica, no nos atreveríamos a afirmar que no está también retumbando en el campo ético.

Si el ser del «yo», según Lavelle, está medido por el ser y la amplitud de la conciencia, es indudable que las limitaciones congénitas de ésta sean también las estrecheces de aquél. Ahora bien, la limitación constitutiva del ser es, a juicio de los existencialistas, su radical desgracia.

La resistencia que ofrece el mundo opaco, a la luminosidad de la conciencia, y la radical contingencia de ésta, por su vinculación a un ser mortal, determina las desdichas originarias de ella.

Hay, según Lavelle, una triple desdicha inseparable de la suerte de todos los seres finitos; es que ellos deben permanecer encerrados en una soledad imposible de vencer, donde se agudiza el sentimiento de su miseria y de su insuficiencia (12).

Los seres finitos chocan contra barreras y obstáculos extraños; contra fuerzas que hacen aparecer lo íntimo de la conciencia, un combate interior y un desgarramiento (13).

(10) Louis Lavelle: *La presence totale*, pág. 16. París.

(11) Louis Lavelle: *De l'Être*, pág. 108. París, 1947.

(12) Louis Lavelle. Ob. cit., pág. 68.

(13) Ibid.

Su victoria es por ello siempre precaria y momentánea, y por ello motiva en el seno mismo de la conciencia el surgimiento de una esperanza infinita que no podrá jamás ser colmada (14).

Se explica, de esta forma, el doble juego que se plantea en la conciencia humana, entre la desdicha y limitación originaria y las ansias de superación y la aspiración hacia un bien que debe ser total so pena de no ser tal (15).

Sin embargo, la limitación originaria de nuestra conciencia es tan radical, que no se puede alcanzar el bien absoluto, sin que haya un aniquilamiento de nuestros límites, es decir, de nuestro propio ser. Por ello es razonable pensar que hay una desdicha esencial y metafísica de la conciencia (16).

Nuestro ser está limitado y por ello mismo separado del bien absoluto, por un intervalo infranqueable que constituye su mal originario (17).

En la limitación originaria y constitutiva del ser finito, queda anclada para el existencialismo la cuestión del mal.

El ser participado es por su propia naturaleza un ser limitado; y lleva, en esa su propia limitación, el estigma del mal. La maldad es la privación del ser, o si se prefiere el ser amputado.

Lavelle se plantea cuestión de como sea posible la existencia del mal, dentro del ámbito del ser. El mal aparece como una especie de contraprueba frente al ser, que es por su propia naturaleza bueno (18).

De suyo —dice Lavelle—, el ser y el bien, si se los considera en su pureza, son suprarrelacionales; no tienen contrario y no se los puede siquiera contradecir sino para abolirlos (19).

No obstante, aun cuando ello sea paradójico, el mal existe; y precisamente incrustado en el ser. El ser finito es limitado en el ser. El ser finito es limitado por ser participado, y el mal y la posibilidad de los contrarios nacen precisamente del hecho de la participación.

«Los contrarios —afirma Lavelle— nacen de la participación, gracias a una oposición relativa del ser en cuanto que es participado, y en cuanto que no lo es; o del bien en tanto que es abrazado o asumido por una libertad, o en tanto que es rehusado por ella» (20).

El mal es una limitación, que resella la constitución de los

(14) Ibid.

(15) Ibid.

(16) Ibid, pág. 69.

(17) Ibid.

(18) *Introduction à l'Ontologie*, pág. 131, edic. cit.

(19) Ibid, pág. 123.

(20) Ibid, pág. 132.

seres finitos; pero puede ser también un producto existencial de la libertad humana.

Cada libertad tiene el poder de introducir el mal en el mundo (21). Pero es un mal alternativo; o sea correlativo de un bien posible que ha sido rehusado por ella. Y lo que cada cosa tiene de no ser es el ser de alguna otra cosa, es decir, su constitutiva limitación. El problema del mal revierte hacia el problema de la libertad, y hace recaer sobre su oscilante juego, y sus quebradizas decisiones, todo su peso ontológico. «No hay mal —agrega Lavelle—, sino por una libertad particular, en la medida en que el bien de su ser depende de una elección que ella debe recomenzar siempre» (22).

La libertad, al elegir, determina un nuevo ser; pero también puede provocar sus limitaciones o sea el mal. En tanto que la libertad escoge entre el mal y el bien, es ella misma un bien y el mal siempre una voluntad de negación a la vista del bien. Pero ello no es óbice para que pueda ser convertido en bien (23).

Lavelle, pide que la libertad tenga un pulso firme y que vaya a la conquista decidida del ser. En su libro «L'Erreur de Narcisse», nos apercibe de que la moral ha de encontrarse en el tipo de vida que evite la actitud de Narciso. Cree Lavelle que el mirarse a sí mismo en cierto modo es faltar al ser y a la moral. El hombre necesita libertarse de sí; si se cierra en sí y se sumerge en sí, pierde la libertad. El narcisismo, conduce a un concepto falso de la realidad; porque no llega a ésta, sino que nos devuelve su imagen ilusoria en el espejo de una fuente. El ser y el hombre, no es aquello que devuelve el espejo: sino la realidad en que hay que enclavar el ser y la conducta. Si el hombre no expansiona su ser, va extinguiendo sus fuerzas creadoras. Usar de la libertad rectamente, es participar en el ser. La existencia del hombre, está solicitada en dos direcciones bipolares; porque él es ser en cuanto participa del ser, pero encierra en su seno el mal que aparece como una limitación frente al ser.

Partiendo Lavelle del hecho de que el ser se refleja en la conciencia, pretende descubrir en ella un mal esencial.

La amplitud y las limitaciones del ser, y su condición dramática, se van revelando según el existencialismo en las posibilidades y estrecheces de la conciencia. Y no es extraño que la conciencia, que ilumina nuestro ser, sea también, para los existencialistas, la que en cierto sentido lo constituye. La conciencia —dice Lavelle— es la que nos hace ser (24). «Antes de que

(21) Ibid.

(22) Ibid, pág. 143.

(23) Ibid.

(24) Louis Lavelle: *Le Moi et son Destin*, pág. 66. París, 1936.

ella haya sido iluminada, el universo existe sin nosotros» (25). Ahora bien, al funcionamiento mismo de la conciencia, le es congénito el autoconocimiento de su limitación. Desde que ella se ejerce, tiene el sentimiento de sus límites; ella está rodeada de un mundo que le parece opaco, que pesa sobre ella y que le resiste. Ella trata de penetrarlo y de iluminarlo; pero ella es semejante a un foco de claridad que no cesa de dilatarse; sus límites reculan indefinidamente, ellos no pueden desvanecerse (26).

Frente a la resistencia opaca del mundo, la conciencia se ve constitutivamente y por siempre limitada.

Su otra limitación radical arranca de su destino. «La conciencia humana desaparece con la existencia personal» (27).

En esta condición estructural de la conciencia humana, y consiguientemente del ser del hombre, pretende anclar Lavelle el mal y la desdicha del hombre.

«La amplitud de nuestra conciencia, su pureza, su lucidez, su delicadeza, miden el poder y el valor de nuestro yo y determinan su grado de realidad». Pero en último caso, la mezcla de ser y de mal que se da en el hombre, se explica en función de la partición y de la limitación; es decir, recurriendo a los motivos platónicos, para explicar la realidad.

El existencialismo, en virtud de su dialéctica paradójica, es ávido en marcar contrastes, contradicciones y conflictos.

Un filósofo católico como es René Le Senne, que trata de fundir armónicamente la línea de la filosofía tradicional con cierta dosis de existencialismo, ha pintado agudamente los conflictos de la vida moral principalmente en su libro: «Le Devoir» (28). Bajo el doble coeficiente de la actividad y de la pasividad, que afecta a todas las manifestaciones de la existencia, el hombre queda encuadrado en una situación que puede constituir su obstáculo o su ayuda (29). Por ella, la destinación a que está abocado el hombre es un resultado de su destino y suerte (30).

Por razón de la estructura misma de la vida humana, y de sus condiciones inalienables, la vida moral no se cimienta sobre condiciones coherentes y homogéneas, sino sobre condiciones que en cierto modo pertenecen a la estructura misma de la conciencia (31).

(25) Ibid.

(26) Ibid, pág. 68.

(27) Ibid.

(28) La línea en que se mueve Le Senne, recuerda bastantes afinidades con la de Lavelle por su entronque común con el platonismo esencialista de que viene impregnado en su obra filosófica.

(29) René Le Senne: *Traité de Morale Generale*, pág. 611. París, 1947.

(30) Ibid.

(31) Ibid, pág. 614.

La vida moral queda en cierto modo excindida, por la tensión que provocan estas situaciones, contrapuestas, de las cuales no es posible huir nunca del todo.

Y si es cierto que la inmoralidad consiste en rehuir la solución de una contradicción, la moralidad no puede consistir en otra cosa que en inventar la solución (32).

El antagonismo de tendencias y de exigencias psicológicas, es indispensable para el movimiento de la conciencia. Y esto acontece, tanto desde el plano del conocimiento científico, como de la actividad artística. Cuando estas oposiciones acontecen en la esfera de acción estimulándola, surgen las antinomias éticas, cuyo movimiento dialéctico forma la trama viviente de la conciencia moral (33).

Las principales antinomias que señala Le Senne, son la antinomia entre la exigencia de unidad que pide una concentración y convergencia de nuestros pensamientos y acciones, y permite a la capacidad de nuestro espíritu el integrar la mayor cantidad de elementos posibles, y la fuerza de expansión y dispersión; porque en cuanto se logra la unidad y el equilibrio, debe surgir la fuerza contraria, so pena de estatificar al espíritu, de hacerlo inerte y pasivo. La expansión como fuerza antogónica a la unidad, surge entonces para que el espíritu no degrade en el objeto; porque el conformismo y la rutina son causa de la muerte. Mediante la expansión, el espíritu muestra su infinita inadecuación a la objetivación que degrada (34).

La segunda antinomia ética, se verifica entre la existencia de posesión y la de tensión.

La vida moral es energía; pero una energía que si no logra una conquista y una posesión sería estéril. Pero si la posesión con la que ella exige de desgaste, llega a debilitarnos, mejor fuera rehuirla y quedar en libertad. La vida moral debe mantenerse en una ininterrumpida oscilación, entrega de la atracción que ejercen los objetos, y la huída; y mediante ella, el mantenimiento del poder y de la libertad (35).

Una nueva antinomia recorre la vida del espíritu, y marca en él una polaridad. La vida del hombre se explaya en el despliegue de su vida individual y comunitaria.

Ahora bien: toda relación, está apoyada en una cualidad de términos, cuya interpretación y distinción debe mantenerse; y por ello la relación del yo y del tú las debe mantener (36).

(32) René Le Senne: *Le Devoir*, pág. 217. París, 1950.

(33) *Ibid.*, pág. 615.

(34) *Ibid.*

(35) *Ibid.*, pág. 216.

(36) *Ibid.*, pág. 617.

De esta situación, surge una tensión en la conducta del hombre, porque o bien debe tratar de alcanzar un valor común al uno, y al otro o bien, al contrario, un valor propio de uno de los dos con exclusión del otro. Una de las posturas dibuja la moral del solitario, que va tras lo que él busca como si estuviera solo en el mundo. En la otra actitud, el hombre corre el peligro de dispersarse en lo social, bajo una cierta amenaza de posible objetivación.

Ahora bien, la acción que se asienta sobre el hecho movido de tales antinomias y contrastes, logra su relativa madurez al integrarse en la mixtura de los ingredientes encontrados arriba descritos. Las antinomias en el fondo de la vida moral, son los orígenes de la acción, como las categorías son el objeto, los orígenes intelectuales de las determinaciones; de tal suerte que el acto bien hecho, debe superar los aspectos contrapuestos desarrollando, al propio tiempo, una intersección favorable de direcciones.

Se ve pues, claramente, que la vida moral, según la describe Le Senne, brinca entre contrapuestas tensiones, pero está llamada a armonizarse en una dirección fundamental que dé una cierta pauta al juego mismo de los aspectos opuestos.

Por otro lado, Le Senne, después de describir el hecho tumultuoso y lleno de tensiones en que se asienta la moral, recurre por decirlo así a las instancias ideales que señalan su vigencia absoluta. La parte ideal de la moral con su valor absoluto se encara existivamente al sujeto contingente y lleno de luchas contrapuestas que ha de realizarlas. Es decir, que la gran cuestión ética puede ser visualizada en dos vertientes; o bien por el lado subjetivo en cuanto describe los momentos llenos de tensión de la experiencia moral humana o bien por el lado objetivo en cuanto señala los valores absolutos que deben ser encarnados por la subjetividad del hombre concreto. En este segundo aspecto de la descripción de los valores éticos Le Senne de una manera análoga a Lavelle incurre en las soluciones permanentes del platonismo.

JOSE IGNACIO ALCORTA.